

La obra redentora

Una vida con propósito

“Dios envió a este niño para que muchos se salven, y para que otros sean castigados. Él será una señal de advertencia, y muchos estarán en su contra. Así se sabrá lo que en verdad piensa cada uno” LUCAS 2:34-35.



Alejandra Montamat
Para Reflexión Bautista



En algunas culturas, a los héroes y ciudadanos ilustres se los recuerda en el calendario por el día de su muerte; en otras en cambio, eligen recordarlas el día de su natalicio. Quienes demostraron que sus vidas cumplieron un propósito que trascendió su entorno privado e influyeron en la sociedad, son honrados civilmente y sus vidas evocadas como ejemplo de patriotismo, virtudes morales o vocación por el prójimo. Así recordamos a los padres de la patria, a los héroes de independencia o a los que lucharon por derechos civiles y constitucionales.

Una vida fructífera demuestra que cumplió el propósito para el que fue llamada. La vocación o el llamamiento no siempre es claro para las personas, incluso aquellos héroes que mencionamos no siempre comprendieron ni aceptaron dócilmente su responsabilidad hasta un cierto momento crucial en sus vidas.

Un sentido a la existencia

Cuando una sociedad niega o ignora a Dios, da mayor cabida al drama existencial por el cual cada persona debe resolver por sí misma cuál sea su propósito en la vida. Si además se enseña que la existencia termina con la muerte física, entendemos por qué tantos buscan dejar una huella o prueba que perdure más allá en su historia humana. Hoy somos testigos de personas que no toleran el anonimato y deciden exhibir su vida íntima en las redes sociales; en otro extremo hay quienes prefieren ser recordados por acciones crueles antes que ser ignorados.

La Biblia en cambio, nos enseña que este mundo, inserto en tan vasto universo y cada ser humano nacido o por nacer tienen, en la infinita y perfecta mente de Dios Creador, un propósito que encontramos revelado en su Palabra: que toda la creación rinda honor y gloria al único y sabio Dios, perfecto en carácter y virtud; santo, justo y misericordioso. Sabemos por la Biblia por qué el hombre perdió el sentido de su existencia al rebelarse contra la soberanía de Dios para su vida, confundiendo desde entonces autonomía con libertad. Esa supuesta autonomía humana no existe realmente porque el hombre está lleno de pasiones innatas que lejos de permitirle actuar en libertad y equilibrio, le orientan hacia una vida sometida a constantes frustraciones (Ro 7:14-25). Tanto el deterioro de nuestro medioambiente como las pujas sociales a todo nivel son pruebas fehacientes de la real condición humana (Mr 7:21-23, Stg 4:1-3).

Pero Dios que es infinitamente sabio, decidió dar a la humanidad una oportunidad de recuperar el sentido más profundo de su existencia. Un Dios santo que no puede ver el mal, un Dios justo que debe castigar la transgresión puede a la vez y sin violentar su carácter moral, amar a cada persona e invitarla a buscar la única forma de sentir plenitud y sentido a su existencia: conocerlo a Él y tener una relación personal que perdure más allá de la vida presente.

Un nacimiento anunciado

En esta época nuestro calendario marca una recordación: el nacimiento de Jesucristo. No sabemos con seguridad el mes y existe un desfase en el año,

aun así, sabemos que el niño nació en Belén de Judá bajo el imperio de Augusto César, hace poco más de dos mil años. Ciertamente buena parte de la Biblia se escribió luego del nacimiento de Jesús, pero la mayor porción fue escrita entre quince y cuatro siglos antes de su nacimiento y en ella encontramos detallado el lugar, la familia de la cual descendería, la forma de su nacimiento, el familiar que nacería antes de él entre otros datos.

Toda la vida de Jesús tuvo un propósito, uno que ya estaba marcado desde antes que el tiempo existiera, pues la mente de Dios no sólo es perfecta, sino que es infinita. Un día determinado en su soberana decisión, la segunda persona de la Trinidad nacería como un bebé, un perfecto ser humano unido de forma milagrosa a su propia naturaleza divina. ¡Dios había encontrado el camino de llegar hasta la condición humana!, no sólo para demostrar cuánto le importa cada ser humano, sino también para que su Hijo nos representara ante su trono y solicitara perdón por habernos rebelado a su plan original y haber quebrantado todas sus reglas. Pero además de ser nuestro abogado ante Dios, Jesús se ofreció voluntariamente a sustituirnos en el lugar del castigo que la justicia perfecta reclama por cada pecado que ofende la santidad divina.

Un propósito eterno

¿Sabía Jesús estas cosas antes de llegar al mundo? Como Dios el Hijo sí ya que su naturaleza divina es eterna. Pero en su naturaleza humana, debió crecer como todo ser humano y aprender escuchando y leyendo lo que los rollos bíblicos enseñaban acerca de él. Cuenta la Biblia que a los doce años y luego de buscarlo por tres días, sus padres lo hallaron sentado en el templo entre los doctores de la ley. Por la respuesta que le dio a su madre María, creemos que ya para entonces Jesús era consciente del propósito para su vida (ver Lc 2:46-49). La Biblia no ahorra profecías acerca del Siervo Sufriente, aquel mesías prometido que antes de tomar las riendas del mundo, debería tomar las riendas del pecado y cargarlas en su propia persona el día de su ejecución en el madero (Zac 11:13, Sal 22, Is 53, Sal 34:20, Dt 21:23).

Jesús hizo tantos milagros y señales que no todos están detallados en la Biblia (Jn 20:30), pero los cristianos no le recordamos tanto por sus obras milagrosas, ni sus enseñanzas ejemplares; ni por sus diálogos con los religiosos ni sus palabras tiernas con los niños y los enfermos. Tampoco le tememos porque podía controlar la naturaleza ni porque doblegara a los demonios; porque tenía poder para volver a la vida a quienes acababan de morir, o porque suministraba alimento físico a multitudes con sólo una vianda individual. La cristiandad recuerda el nacimiento de Jesús porque en el calendario humano, Dios abrió la comunicación entre el mundo espiritual y el terrenal y permitió que Jesús se encarnara con un propósito particular que ningún ser humano podría cumplir: vivir una vida perfecta en santidad y temor a Dios, mantener una comunión personal y permanente con el Padre y hacer todo lo que Él le indicaba, incluida una muerte vicaria a favor de la humanidad.

Los judíos religiosos de su época estaban abiertos a recibir profetas, sanadores, justicieros, libertadores nacionalistas e incluso aceptarían su mesianismo si repetía delante de ellos algún portentoso al estilo de los

que Elías había demostrado en el pasado. Pero esos líderes no le perdonaron que se hiciera igual a Dios, ni que profesara que podía perdonar pecados. Ellos creían haber encontrado sentido a sus vidas realizando obras para ganarse el favor de Dios, y Jesús venía a destruir aquello que habían construido durante toda una vida con esmero y dedicación. Los gentiles de su época tampoco creían ser merecedores de ningún castigo que no estuviera estipulado en la ley romana vigente; para ellos Jesús era una profeta y sabio que movía multitudes fanatizadas pero que muy pronto se decepcionarían cuando este mesías rehusara tomar el poder por la fuerza.

Sólo Jesús tenía muy claro su propósito y el sentido de su vida. Durante tres años preparó a un grupo de íntimos para que fuesen testigos de su principal misión: la muerte en una cruz. Ni siquiera ellos estuvieron a la altura de la circunstancia el día de su pasión, casi todos huyeron luego de su deceso y Jesús debió ser enterrado por hombres piadosos pero que no pertenecían a su entorno íntimo. Pero Jesús cumplió perfectamente su propósito, habilitó nuevamente el camino para llegar a Dios, para conocerle y para recibir nueva vida, plena, dependiente de Dios, pero vivida en libertad (Jn 8:31-32).

En pocas décadas, el mundo antiguo llegó a conocer que Jesús había venido al mundo, había muerto por nuestros pecados y había resucitado como prueba de su perfecta obra. Los discípulos aseguran que le vieron ascender en una nube y que un día volverá al mundo de la misma forma.

Una vida fructífera es aquella que encuentra el sentido para el cual nació. Si todavía estás buscando ese sentido, esta navidad es una buena ocasión para encontrarlo leyendo la Biblia. Ella detalla todo lo que sabemos acerca de Dios y su Hijo Jesucristo. En su nacimiento se escuchó esta canción: **“Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, gracias a la buena voluntad de Dios con los hombres” (Lc 2:14)**

